



Carmen Vilches Fajardo, 78 años.
Patricia Calvo, 24 años.

La heroína que quiso tener una vida corriente

Carmen Vilches, de 78 años, vivió la Guerra Civil en primera persona, con sólo nueve años se convirtió en adulta e hizo de la supervivencia una forma de vida.

“Lo que yo sé, lo aprendí en los tres años de la guerra. Soy autodidacta, yo me he hecho a mí.” Carmen Vilches Fajardo no pudo ir al colegio, pero sabe leer, escribir y es una apasionada de la historia. Como muchas niñas de su época (ella nació en el año 1927) se vio obligada a crecer demasiado pronto y a hacerlo sin ningún tipo de formación escolar. Esta mujer, natural de Jaén, únicamente pudo recibir enseñanza académica entre los años 1937 y 1939, durante la Guerra Civil española. Baeza fue el lugar donde Carmen tomó clases de cultura general junto a otros niños y niñas hijos de republicanos.

Cuando estalló la guerra Carmen tenía nueve años y vivía en Madrid. En 1936 los militares contrarios a la II República se sublevaron, pero esta niña nunca imaginó que su casa, situada en el Paseo de Extremadura 111, se convertiría en un frente militar.

Nada más explotar la guerra, la familia de Carmen tuvo que enfrentarse a sus propios amigos ideológicos. Y es que el padre de los Vilches, que no era el padre biológico de Carmen y sus hermanos, había sido cura anteriormente. A la altura de 1936 ya había colgado la sotana para comenzar otra forma de vida, pero este pasado como religioso le perjudicó, pues la gente como ellos, es decir, la gente republicana se radicalizó y los sacerdotes, curas y monjas fueron víctimas de muchos de sus ataques. Carmen cuenta, con los ojos caídos, cómo su padre tuvo que quemar sus sotanas, sus libros y el resto de recuerdos de su sacerdocio para evitar que los mismos republicanos lo asesinasen.

No mucho más tarde, los enemigos de Carmen y su familia cambiarían. Madrid era el bastión principal de los republicanos y la zona más deseada por los sublevados. El general Mola, tras el fracaso del levantamiento en la capital de España, planeó una campaña rápida para la toma de Madrid pues quería acabar la guerra lo antes posible. En noviembre de 1936 las tropas rebeldes consiguieron traspasar el río Manzanares, pero la resistencia republicana impidió que avanzasen por la Casa de Campo, Ciudad Universitaria y Argüelles, zonas donde se formaron tres frentes que duraron hasta el final de la guerra.

Carmen Vilches se vio pronto viviendo la famosa Batalla de Madrid, en plena zona de guerra. Su casa, que estaba entre el Puente de Segovia y el castillo de Bufarul, se convirtió en una suerte de hospital militar y todos sus habitantes fueron trasladados al sótano.

Allí, Carmen, su familia y otras cuatro más esperaban conseguir un salvoconducto que les permitiese salir de Madrid. Sin embargo, la voluntad de los soldados republicanos y los batallones rusos que habían venido en su ayuda era muy distinta, pues ellos pretendían fusilar a los cuatro padres de las familias y echar de aquel hospital improvisado a las mujeres y a los niños. El padre biológico de Carmen había sido uno de los primeros socialistas de Jaén y su madre todavía conservaba los carnés, tanto el de su difunto marido como el de ella, que acreditaban que pertenecían al partido.

Esa fue la baza con la que jugó la madre de Carmen cuando fue a la Comandancia de Puerta del Ángel para intentar salvar a su familia. Según cuenta Carmen, su madre



simplemente entró a la comandancia y alegó que ella era socialista mucho antes que los que estaban allí. Sólo tuvo que demostrarlo con aquellos carnés que llevaban los número de afiliado 11 y 12. Así, la familia de Carmen y las otras tres que convivían con ellos consiguieron un salvoconducto para salir de la zona de guerra.

Cuando consiguió traspasar todos los controles del frente, la familia de Carmen permaneció unos días en el Convento de la Orden de los Paules, en la calle García de Paredes, que, según cuenta nuestra protagonista, era el Centro General de Evacuación.

Tras abandonar el convento, Carmen y su familia se trasladaron a la calle Trujillos número 1, edificio donde su padre y unos amigos habían establecido, antes de la guerra, la sede de una sociedad que habían formado. Después de una discusión con el anterior conserje de la sociedad, que era el único que por aquel entonces ocupaba esos pisos, la familia de Carmen consiguió refugio en las antiguas oficinas donde trabajaba su padre. Allí fue donde Carmen tuvo que convertirse en madre con sólo nueve años y cuidar de sus tres hermanos mientras sus padres buscaban comida durante todo el día.

Tras cinco meses la familia de Carmen decidió que lo mejor sería salir de Madrid y trasladarse a Baeza (Jaén) de donde era natural su padre. Para ello necesitaban un salvoconducto muy difícil de conseguir. La madre de Carmen pensó que la mejor forma de obtenerlo sería alegando enfermedad de su marido y se dirigió a su médico de cabecera para pedirselo. Cuando lo consiguió una casualidad hizo que el destino dejase de pintar mal. Mucho antes de la guerra, la madre de Carmen había salvado la vida a su vecina, pues logró que unos maltratos, propinados por el marido de ésta en el pasillo de su bloque de pisos, no acabasen con la asfixia de la mujer.

Casualidad, suerte. Carmen no sabe como llamarlo, pero lo que le ocurrió a su madre ese día en el médico fue mucho más que un simple suceso. Y es que el empleado que debía tramitarle el salvoconducto resultó ser el hermano de la vecina a la que había salvado la vida y, por supuesto, el recordaba con claridad a la madre de Carmen. Así fue como consiguió dos salvoconductos: uno para salir de Madrid y otro par retirar las pertenencias que tenían en su antigua casa.

Tardaron tres días en llegar a Baeza. Vías cortadas y bombas por el camino les impedían el paso, pero la espera valió la pena. Carmen recuerda con detalle los dos años que pasó en el pueblo de su padre. Fue la única época en la que pudo asistir a la escuela y fue el momento en el que su padre dejó de ser dueño de tierras y pasó a ser un jornalero más. La CNT controlaba todos los suelos de Baeza y su padre se adaptó pronto a la situación; colectivizó sus tierras y comenzó a segar y arar, algo que nunca antes había hecho.

Si de algo se enorgullece Carmen de su familia es de su condición de obreros y de su honestidad. Su padre fue nombrado tesorero y administrador de la colectividad y, según relata Carmen, "a pesar de poder hacer trampas con el dinero y los recursos, mi padre nunca llevó ni un duro más de lo que nos correspondía a casa".

Ya finalizada la guerra la familia de Carmen regresó a Madrid. El viaje de vuelta también duró tres días y fue "lo más parecido a un infierno", según dice nuestra protagonista. Los vagones eran oscuros, sucios, fríos y viejos. La descripción que hace Carmen de ellos y del viaje recuerda a esos relatos de la literatura del Holocausto que nos espantan cuando los leemos. Tanto es así que nuestra heroína los define como "los gemelos de los trenes que utilizaba Hitler para llevar a los judíos hacia la muerte".



Franco se molestó, incluso con los pobres como la familia de Carmen, en guardar buena imagen del régimen recién instaurado. En Getafe, esos “vagones del infierno” fueron sustituidos por un tren de viajeros, para que la entrada a Madrid de los evacuados fuera digna y vistosa. Carmen recuerda muy bien el cambio de trenes, pues fue ahí cuando su madre perdió al niño del que llevaba embarazada ocho meses. La mujer estaba sola en un vagón y, cuando saltó para salir de él, cayó y se le desprendió el feto. Un mes después del accidente, el que iba ser el nuevo hermano de Carmen nació muerto.

“Humillación”. Con esta palabra describe Carmen los años de posguerra. “Todo era una humillación constante”. Aún así, nuestra heroína logró una vida más allá de lo corriente. Se casó dos veces “la primera con un cabrón y la segunda con el hombre más bueno que ha dado la tierra”, según sus propias palabras. Tuvo cuatro hijos y sirvió en casas, incluyendo el Ayuntamiento de Madrid en época de Tierno Galván, hasta el momento de su jubilación.

Ahora esta heroína vive sola, como muchas personas mayores en España: sola y con recuerdos. Momentos de humillación, hambre y tristeza y momentos de alegría. Carmen quiso tener una vida corriente, pero su valentía y amor por la vida se lo impidieron. Y así, hasta el día de hoy. Orgullosa Carmen se proclama aún obrera y luchadora: “aunque como con la mano derecha, tengo la sangre roja y el corazón a la izquierda”.

Lo importante de la vida

Para Carmen Vilches la vida no ha sido más difícil que la de muchos vencidos de la Guerra Civil, pero ha sido su vida, han sido sus dificultades, sus circunstancias, sus complicaciones y, finalmente, sus sonrisas. “Las heridas de la guerra no están del todo cerradas” dice Carmen, “no están cerradas en la sociedad, ni mucho menos lo están para mí y la gente que la vivió”.

El lastre de nuestro país, el episodio más dramático de la España contemporánea, lo que se tuvo que olvidar para construir una democracia sana y exenta de venganzas, una época que han arrastrado tres generaciones, y que todavía siguen hundidas en ella. Carmen tenía nueve años cuando empezó la Guerra Civil, pero tuvo veinte en la dictadura de Franco, régimen que también tuvo que vivir a los treinta y a los cuarenta. Tuvo cuatro hijos, dos maridos, tuvo hambre y tuvo muchas ocasiones en las que llorar.

“De la vida valen la pena muchas cosas, pero en una pena que mi generación y la anterior y posterior a mí hayamos vivido humillados y aplastados por un régimen que se definió como el salvador de España. Cuando fueron ellos los que se sublevaron contra un gobierno legítimo”.

Carmen dice que ahora, por suerte, hay mucha más libertad, que ya no tienes que agachar la cabeza como se tenía que hacer antes. “Mi primer marido me lo hizo pasar muy mal, pero era mi marido y lo que estaba bien visto era que yo siguiese con él a pesar de todo lo que me hacía”. Carmen no entra en detalles, pero explica molesta cómo la miraban sus vecinos y conocidos cuando empezaron a verla con su segundo marido. “Al principio él y yo sólo estábamos juntos, yo tenía que esperar a poder divorciarme del primero para casarme con el que quería”.



Carmen recuerda muchas humillaciones durante y después de la guerra, pero también tiene memorias que hacen que no pierda la sonrisa. Sus cuatro hijos, la convivencia con su segundo marido (ya muerto), las cartas y llamadas de sus hermanos de Canadá y Australia, sus nietos, la consideración que le han tenido en algunas de las casas donde ha servido, los libros que lee... Puede que Carmen no haya tenido la educación y las oportunidades que podría haber tenido ahora, pero tiene su experiencia, sus recuerdos, su familia, su gente y una fuerza que no cesa.

¿Qué merece la pena de la vida? "Vivirla". Carmen tuvo que esperar muchos años para poder hacerlo con libertad, pero lo consiguió. Luchó sin hacer daño, amó sin mentir, trabajó sin descanso y, ahora, vive sin rendirse.